

LOS ANDES.

Guayaquil, Junio 28 de 1890.

GOBIERNO PROPIO.

Hemos continuado la lectura del antiguo proyecto de ley de imprenta presentado a las Cámaras, y estamos horrorizados sólo de pensar que tal iniquidad se imponga al acatamiento y respeto de todos los habitantes del Ecuador.

Empeñados en esta lucha por la existencia, debemos insistir en nuestra protesta, e insistimos con toda la energía de que es capaz un corazón republicano.

Nuestras ideas han alcanzado, felizmente, el arraigo de la convicción, y estamos fuera del alcance de toda sospecha. Hemos logrado apartarnos, no sin sufrimientos, del partidismo incondicional, para poder presentarlos, exentos de pasión, en defensa de los más genuinos ideales de la libertad.

Sostenemos principios y no conveniencias, intereses universales y no grandjerías de círculo.

Queremos en todo y para todos la libertad de emitir los pensamientos de palabra ó por la imprenta.

El ex-ministro Espinosa ha perpetuado su nombre en ese proyecto, que bien podríamos llamar auto de fe de la prensa en el Ecuador.

Durante el Gobierno del General Robles, el primer Ministro, que lo era entonces el Doctor Don Antonio Mats, cuñado del Señor Espinosa, al hablar á un Congreso de la libertad de imprenta, comenzó, más ó menos, así:

"He aquí un derecho inherente á la facultad de pensar; derecho cuáisi desconocido en América y envilecido en el Ecuador.; y concluí: "Os pido, pues, H. H. Le gisladores que declareis, en nombre de la civilización y del progreso, que el derecho de emitir libremente el pensamiento no tiene en el Ecuador otra restricción que la sanción moral."

¡Qué contraste de ideas entre los dos ministros y parientes!

Mejor se pensaba en el Gabinete hace treinta y tres años, y la historia recogerá este dato para las páginas gloriosas de nuestra patria.

Cuanto más franco no sería sustituir el correspondiente artículo de la Constitución que nos rige, diciendo:

"No hay libertad de emitir los pensamientos de palabra ó por la prensa en LA REPUBLICA, y á las autoridades competente reglamentar su ejercicio, conforme á las circunstancias."

El lecho de Procasto. Rosas en la Argentina, Francia en el Paraguay, Carrera en Guatemala han dejado ejemplos que imitaron perfectamente, Santos en el Uruguay, Guzmán en Venezuela, y García Moreno entre nosotros.

En esta monomanía de imitar á Colombia, se olvida al Doctor Murillo Toro para seguir vergonzosamente al Doctor Núñez.

Hay, francamente, contradicciones, inconsecuencias, a-

postasías que no nos explica mos.

Afanados en organizar la República vamos en pos de la autocensura.

La esclavitud en vez del orden; la fuerza en vez de la razón; las tinieblas en vez de la luz.

Esto es inconcebible. Renegar de la libertad, por que la libertad engendra excesos, sería como renegar del aire porque él engendra vientos y tempestades, ha dicho el más ilustre repúblico de nuestros tiempos.

Si es que hay empleados públicos á quienes no agrada la voz de la prensa, que se tape los oídos, mas no se pretenda taparnos la boca.

Estamos seguros de que el mismo autor del proyecto se hallará al presente asustado de lo monstruoso de su obra.

Cuántas veces no incurrirá él, el mismo en varios de los llamados delitos de imprenta, con su pluma mordaz y terrible.

Las teorías del Doctor Espinosa son curiosas.

Cuando está arriba, clama contra los periodistas; baja á la imprenta de la Curia Metropolitana y es un furioso demagogo, de misa y olla, por supuesto.

Cómo se hará para que suban hasta la altura las quejas de los oprimidos.

Cómo decirle al Presidente que figuran en su administración hombres que no siendo competentes, no siendo afectos al pueblo, no son seguidores ciudadanos.

Cómo darle al Gobierno los consejos de la independencia á cambio de las sugerencias de la adulación.

Cómo no decir lo que se siente y sólo hablar de lo que á tal ó cual conviene.

Queremos que la prensa sea una institución respetable y no una farsa.

Debemos esperar que las Cámaras rechazarán íntegros esos proyectos liberticidas, ya que de modo tan desembozado atacan las más preciosas garantías del ciudadano y de la Democracia.

Hablar del *self government*, y sancionar leyes dignas de Diácono sería inicuo.

Sería agregar el sarcasmo á la tiranía, la burla á la crueldad.

No podemos consentir en suicidio semejante.

Interior.

MENSAJE

del Presidente de la República del Ecuador.

AL CONGRESO ORDINARIO DE 1890.

CONCIUDADANOS DEL SENADO Y DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS.

(Continuación.)

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL

De acuerdo con mis convicciones, cumplí la promesa hecha por nuestro Ministro de Relaciones Exteriores en la Administración anterior al Encargado de Negocios de Francia, en nota oficial del 7 de Febrero de 1887, de "dictar las providencias convenientes para facilitar el envío de los objetos con que el pueblo ecuatoriano podía

contribuir á la Exposición" que se celebró en París el año último. Nuestra Patria obtuvo allí un éxito tal que ha llegado á calificarse "triunfo industrial"; pues mereció el 37 o/o de premios, cuando el máximo á que llegó la Nación más favorecida apenas alcanzó al 53 o/o. Este brillante resultado justificó la esperanza del Gobierno y sus esfuerzos para que nuestra Patria no fuera la única República que no figurara en el certamen industrial del Campo de Marte.

Son dignos de recomendarse tanto el patriotismo generoso con que Guayaquil tomó la iniciativa para ofrecer al Gobierno los diez mil pesos que requería nuestro concurso á la Exposición, como el inteligente celo de las diferentes comisiones que se organizaron en los principales centros de la República; pero sobre todo la que presidió en París nuestro Cónsul general, Sr. Ballen, á quien se debe el éxito de la Exposición, por lo que se ha hecho acreedor al reconocimiento nacional, junto con nuestro Cónsul en Saint-Nazaire y Secretario de la Comisión, Sr. Dorn y de Alzua, que la segundó eficazmente.

II.

INTERIOR.

De la paz general interna, no obstante los desórdenes locales de Manabí que van desapareciendo, os he dado cuenta ya en vuestras sesiones extraordinarias.

Con la filitética sincera de las instituciones republicanas, el Gobierno ha procurado crear hábitos republicanos, persuadido de que sin éstos no pueden existir aquellas, y las leyes son mera literatura política. Por desgracia, nos faltan por completo esos hábitos que dictaman del trabajo, del interés por el prócomún, de la tolerancia de las opiniones ajenas y, sobre todo, del respeto á la ley. Los que mandan propenden al abuso de la autoridad, los que obedecen al abuso de la libertad.—Creeo está en la conciencia de todos que mi Gobierno se ha preservado de esa tendencia.—El ha cumplido y hecho cumplir la Constitución por todos, sin distinción de partidos, ni de jerarquías.

GARANTÍAS.

Que han sido efectivas las garantías para todos los ciudadanos, lo prueban la autorizada palabra del Sr. Presidente del Senado en sus sesiones extraordinarias, así como el testimonio nada sospechoso firmado no há mucho por los miembros más prominentes de la Sociedad liberal organizada en Quito, y á cuya comisión política no pertenece el Gobierno, que independiente de los partidos extremos, no tiene más norma que la ley, complementada por su bien definido Programa republicano, como se declaró explícitamente en el Discurso de inauguración.

Con efecto, ahí está la prensa para atestiguar que elecciones, imprenta, derecho de asociación y peticiones, han sido libres; y que si se traspasan los límites de la ley, no es ciertamente por el Gobierno, cuya lealtad se tilda de excesiva por cada partido, pero en lo concerniente al oponente. El hecho es que, á fin de no hacer nada que parezca restringir la libertad legal de la prensa, he preferido pasar por alto no sólo abusos contra mi persona, sino desacentos y ataques que rayaban en sediciosos contra la autoridad, cuyo principio se hace hoy gala de vilipendiar por los mismos que deberían estar interesados en mantenerlo y á quienes pasará algún día haber dado ese funesto ejemplo, si es que no les pesa ya, en vista de los montones de rifle que han aparecido, como debía suceder, tras los montones de pluma.

Afortunadamente la misma libertad, por no decir el abuso de la prensa, ha puesto en claro la pureza ejemplar en el manejo de los fondos públicos, preciado timbre de una Administración, que, á falta de otros títulos, aspira siquiera al de la honradez.

Por lo demás, nuestra prensa sensata ha dado pruebas de cordura y moderación en diversas ocasiones, señaladamente al tratarse de la cuestión de límites con el Perú. Bastó un simple llamamiento al patriotismo de los Rectores de parte del Gobernador de Guayaquil, para que se abstuvieran de tocar asunto tan ocasionado á crear dificultades ó promover polémicas que debían evitarse.

La prensa ha adquirido tal de serrollo, mereció á las garantías de que goza, que no creo haya quizá, aun en Naciones más adelantadas, ciudad que pueda competir con Guayaquil, relativamente á la base de población, en el número de periódicos. En Quito, fuera del "Diario Oficial" y de "El Telegrama," también diario, se publican cuatro periódicos y dos Revistas, sin contar los "Anales de la Universidad" y las "Memorias de la Academia Ecuatoriana," la última publicación eventual.

Se os ha presentado el proyecto que el Gobierno juzga necesario para evitar el abuso de derecho de petición y renouén.

La anulación de las elecciones de Loja ha dejado sin representación á esa importante provincia, lo que ha sido tanto más sensible al Gobierno cuanto que para impedirlo no tiene medio legal. La reforma de la ley de elecciones que se os presentará debe garantizar el derecho de los electores y evitar se repita la anulación de elecciones que en otra ocasión fué ya nuestro origen de discordia y germen de males.

El Gobierno se ha ocupado poco ó nada en lo concerniente á política y mucho en los intereses nacionales. Como correctivo contra la tendencia á gobernar demasiado, he preferido pecar por lo contrario y habitar á los pueblos al gobierno propio, al *self-government*, casi desconocido entre nosotros. Con este fin el Ejecutivo ha limitado, por decirlo así sus propias atribuciones, y para buscar en sus actos el acuerdo con las personas más competentes de todos los puntos las ha llamado á formar Comisiones Consultivas que han prestado importantes servicios. Las dos primeras veces que se me refirió de facultades extraordinarias las devolví sin hacer uso de ellas; y en la tercera vez, la única medida que dió después del crimen atroz de Montecristi, fué la de alejar de Guayaquil por lugares salubres del interior á cuatro individuos, dos de los cuales salieron voluntariamente del país.

(Continuará.)

Exterior.

Señores Editores de Los Andes, (Conclusión.)

No quiero hacer comentarios Señores Editores sobre los hechos que están aun palpitantes. UU. los apreciarán mejor que yo; pero no puedo menos que adelantales que en un pueblo tan excitable como el del Perú el dar corte tan violento al problema electoral—aprisionar al candidato de la inmensa mayoría del país contra toda ley í contra todo derecho í con frívulos í falsos pretextos—es imposible que no se produzcan los males graves í trascendentales acontecimientos.

Los periódicos de Lima que sirven los intereses de las dos candidaturas, llaman las constituciones, al dar cuenta í aplaudir la violenta prisión del señor de Piórola, aseguraban que la causa de ella era el haber descubierta el Gobierno una gran conspiración, urdida por el partido Democrata ó su jefe á la sombra de la bandera electoral enarbolada í que esa conspiración no sólo comprometía el orden político sino también el orden social.

Ya sabemos lo que significa en política los grandes pasos í radio ignora que esas pretendidas grandes maquinaciones con que los gobiernos tratan de asustar á los pueblos maltratados por complicaciones de orden interno ó externo, no son ordinariamente sino audaces

embustes í grandes mentiras í aquí los protagonistas de la comedia ni siquiera se han tomado el trabajo de disimular.

Después de cinco días en que el público esperaba impaciente que se revelasen esos tenebrosos planes, esas famosas conspiraciones de los demócratas de que tanto se ha hablado, apareció el decreto oficial sometiendo á juicio al señor de Piórola, no por actual, ni reciente conspiración, sino "por haber asaltado el poder supremo en 1879."

El decreto supremo del 10 de presente habla es cierto de reincidencia actual del señor de Piórola, í lo supone "fraguando planes revolucionarios í accopiando armas í municiones"; pero circunstancia extraordinaria, no lo somete á juicio por el delito reciente, por el *infraganti*, por el que debe cometer ver á la gobierno í al público, sino por el supuesto de íto cometido en 1879!

Como ese delito debe juzgarse por un tribunal militar, que sólo tiene jurisdicción sobre el hecho especial que se le cometi6 por el Congreso de 1886; í como el pretendido delito de hoy no es ni puede ser militar, ni puede por la mismo juzgarse sino por los jueces ordinarios, civiles, del fuero común es claro que todo lo que se dice en los considerandos del decreto de sometimiento á juicio del señor de Piórola por el delito de actual conspiración es pura protecciona í no tiene nada de serio.

Por eso, sin duda el juez fiscal militar—juez instructor—se ha limitado, en sus largos interrogatorios al señor de Piórola, á la revolución de 1879, trabajo histórico í sumamente comprometido, puesto que habria que juzgar á casi la totalidad del Perú que tomó parte en esa pretendida revolución; puesto que en ella tomaron parte activa í directa, todos, sin excepción, todos los jefes del ejército de 1879,—de general á sargento,—señalando en Lima, es decir las cuartas partes de nuestro escuadrón militar, todos los que deben ser considerados como autores principales del supuesto delito; puesto que también secundaron ese movimiento los ejércitos existentes en Tacna í Arica, en Arequipa í en el norte del Perú, cuantándose entre los primeros al actual Presidente Cáceres í al candidato Morales Bermúdez; í que esos que secundaron el movimiento político del 79 son los menos coactores ó complicados, puesto que lo hicieron voluntariamente í sin fuerza alguna que á ello lo compulsionen. Si se considera que entre los principales hombres de la actualidad política existen muchos que cooperaron muy eficazmente í hasta que beneficiaron ampliamente de esa revolución, que el general Cáceres prestó voluntariamente sus servicios militares í políticos al gobierno por ella fundado; que obtuvo, como remuneración de esos servicios, premios honores, ascensos í hasta generosas dádivas del Jefe Supremo de 1889; í si se agrega que el ministro de gobierno Coronel Ferreira que firmó el decreto de sometimiento á juicio fue Prefecto de un departamento nombrado por el señor de Piórola; que el Ministro de Justicia, Dr. Galindo, funcionario judicial, aceptó el empleo de vocal de la Corte Suprema de la República, en la circunstancia de que ese nombramiento es privativo del Congreso en el régimen constitucional; que el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Irigoyen, aceptó también el nombramiento de Plenipotenciario del señor de Piórola; í por último que el coronel Secada Ministro de Guerra tomó parte activa í directa en el pronunciamiento de 1878 í aceptó luego varios empleos del Gobierno de 1880 í entre otros los de sub-secretario, primero, í el de secretario interino de la guerra, en seguida.—En vista de todo esto se concibe apenas que hubiesen quienes se atreviesen á dictar resolución tan extravagante, í se comprenda también lo interesante, lo interesantísimo del juicio que se está actuando sobre la pres-

